

“No preguntes a la luz, sino al fuego”

Meditación en la apertura de la Sesión Plenaria del Dicasterio para la Doctrina de la Fe

27 de enero de 2027

En tiempos recientes, en la oración, he escuchado una fuerte invitación a la humildad intelectual, recordando aquellas antiguas palabras: “*Ubi umilitas ibi sapientia*”. Me gustaría comenzar nuestra reunión, en este contexto de oración, con una invitación a esa humildad en la reflexión teológica.

Dios ha dado a los seres humanos la capacidad de pensar, que tiene un alcance universal: uno puede pensar el mundo, la historia, los orígenes, incluso puede pensar a Dios. Sin embargo, esta capacidad universal del pensamiento no significa que las personas humanas tengan capacidad de exhaustividad, de percepción integral de la realidad. Incluso con la ayuda de las tecnologías más poderosas imaginables, es imposible que la mente humana sea consciente de la realidad en su totalidad y en todos los aspectos. Esto sólo es posible para Dios.

El problema es que, por esta razón, no podemos tener una comprensión integral ni siquiera de una pequeña parte de este mundo, porque esa misma parte sólo puede entenderse plenamente a la luz de la totalidad en la que está integrada: todo está conectado.

Como resultado, somos incapaces de interpretar todos los significados y matices de una realidad, de una persona, de un momento histórico, de una verdad.

Tomás de Aquino explicó que la riqueza inagotable de Dios se expresa mejor en la riqueza del todo, cuya variedad proviene “de la intención del primer agente”, de modo que “lo que falta a cada cosa para representar la bondad divina se compensa con otras cosas”. Si, por otro lado, solo existiera una criatura, aunque fuera la más perfecta, sería una pérdida, porque la bondad de Dios “no puede ser representada adecuadamente por una sola criatura” (*S. Th* I, q. 47, art. 1; art. 2, ad. 1; art. 3). Por esta misma razón, el Papa Francisco explicó: “necesitamos captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones. Entonces, se entiende mejor la importancia y el sentido de cualquier criatura si se la contempla en el conjunto del proyecto de Dios” (*LS* 86).

En otras palabras, San Juan de la Cruz exclamó:

“[Penetremos] en la espesura de tus maravillosas obras [...] cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar espesura; porque en ellas hay sabiduría abundante y tan llena de misterios [...] Es tan profunda e inmensa que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprendibles” (*Cantico* 36, 10).

Cuanto más avancen la ciencia y la tecnología, más necesitamos mantener viva esa conciencia del límite, de nuestra necesidad de Dios para no caer en un terrible engaño, el mismo que llevó a los excesos de la Inquisición, a las guerras mundiales, a la *Sboá*, a las masacres en Gaza, todas situaciones a veces justificadas con argumentos falaces.

El problema es que lo mismo puede ocurrir en la vida de todos nosotros. De hecho, repetimos ese engaño viviendo demasiado seguros de lo que sabemos.

Esto nos llama a tomar conciencia de dos cuestiones:

1. Que para comprenderlo todo plenamente necesitamos ser iluminados por Dios, nos hace falta invocarle, orar, escucharle, dejarnos guiar por Él en medio de las sombras. La fe nos asegura que realmente podemos hacerlo, y que es posible que Él nos ilumine para ver mejor. Confiamos en Él (*credere Deo*).
2. Que debemos reflexionar, pensar, analizar la realidad, pero escuchando a los demás, acogiendo sus perspectivas que nos permiten percibir otros aspectos de la realidad misma gracias a otros puntos de vista. Por esta razón, es bueno que prestemos atención a las "periferias" desde donde las cosas se ven de forma diferente

En esta línea, el Papa León afirmó recientemente que “ninguno posee la verdad toda entera, todos la debemos buscar con humildad, y juntos”. En consecuencia, propuso “una Iglesia que no se cierra en sí misma, sino que permanece a la escucha de Dios para poder, al mismo tiempo, escuchar a todos” (*Homilía para los Equipos Sinodales*, 26 de octubre de 2025).

Por supuesto, esto es aún más cierto respecto a las verdades de la fe. Hoy en día, un teólogo normalmente posee conocimientos limitados a una disciplina teológica o a un tema aislado, mientras que los misterios de la fe se entrelazan en una preciosa jerarquía, en la que el conjunto se ve iluminado especialmente por aquellas verdades centrales que constituyen el corazón del Evangelio.

Ciertamente, en un lugar como este, donde tenemos la posibilidad de dar respuestas con autoridad, de redactar documentos que se convierten en parte del magisterio ordinario, e incluso de corregir y condenar, el riesgo de perder la amplitud de perspectivas es mayor. Pero la cuestión es más seria, porque hoy en día en cualquier blog, cualquiera, aunque no haya estudiado mucha teología, expresa su opinión y condena como si hablara *ex cathedra*. Por eso debemos recuperar en toda la Iglesia ese realismo saludable propuesto por los grandes sabios y místicos de la Iglesia.

Lo que se ha dicho sobre los límites de nuestra mente se aplica a toda la realidad, natural y sobrenatural, pero ante todo al abismo de Dios. Por eso me gustaría terminar con algunas palabras de San Buenaventura:

En el *Itinerarium mentis in Deum* se planteaba a quién debíamos dirigir las grandes preguntas. Y respondió:

“No a la luz, sino al fuego que inflama y transporta todo [...] Ese fuego es Dios, cuyo horno está en Jerusalén, y Cristo lo enciende con el fervor de su pasión” (*It. VII, 6*).

Y al final de su estudio sobre la ciencia de Cristo sostenía que, en este camino, “las negaciones son más apropiadas que las afirmaciones, los superlativos más apropiados que las afirmaciones positivas. Para experimentarlo, el silencio interior contribuye más que las palabras. Por tanto, en este punto, nuestro discurso debe terminar, y es mejor orar al Señor para que Él nos dé la experiencia de la que hablamos” (*De Sc. Chti. VII, d.C. ob 21*).

Entonces os invitaría a hacer precisamente eso: pidamos este regalo en un momento de silencio.

Víctor Card. Fernández
Prefecto